

## La vida contemplativa

■ “Este niño es muy volado. Se lo pasa en la luna”, y el niño que en vez de dedicarse a corretear y a jugar estrepitosamente, prefiere observar y contemplar lo que tiene a su alrededor, escucha con rubor la observación de sus mayores. Así, desde pequeño, se desincentiva al hombre de la actitud contemplativa.

No dejan de existir razones para ello. Un hombre contemplativo no es apto para la actividad industriosa ni menos para hacer fortuna. Su actitud se suele equiparar al ocio, procreador de todos los vicios, y su ensimismamiento una forma de orgullo.

No obstante, para dedicar parte de la vida a la contemplación se requieren cualidades que no son fáciles de encontrar. Desde luego, la capacidad de admirarse. Quien carece de esta capacidad, suele pasar por la vida dándolo todo por conocido, sin intrigarse jamás por lo que sucede a su alrededor, sea dentro del reino de la naturaleza o de las relaciones humanas. Ya Marco Aurelio nos ponía en guardia respecto a las personas que no tenían capacidad para extrañarse ni admirarse. En sus Soliloquios escribe: “¡Cuán ridículo y extravagante es aquel que se admira de cosa alguna de cuantas pasan en esta vida!” y, siglos más tarde, Montaigne nos diría: “La admiración es el fundamento de toda filosofía”. Y quien se dedica a contemplar, lo hace, ciertamente, porque se admira de lo que ve y que al hombre vulgar le parece natural y obvio.

Toda actividad científica, nace de la contemplación. No hay arte si previamente el artista no se ha detenido a contemplar la realidad que lo circunda. ¡Cuánta pasiva, pero intensa contemplación se ha requerido para que nazcan las obras de arte

que son patrimonio de nuestra cultura o los descubrimientos científicos que han hecho avanzar nuestra civilización!

La época contemporánea desdeña, sin embargo, al hombre contemplativo. Su soledad le parece sospechosa, su silencio una forma de hostilidad, su ensimismamiento una incapacidad para la acción. En medio de tantos estimulantes superficiales, la contemplación pareciera ser una pérdida de tiempo y es bien sabido que tiempo es dinero.

Sin embargo, civilizaciones más antiguas que la nuestra, dedican gran parte del perfeccionamiento espiritual a la mera contemplación. Para los orientales, un contemplativo es un hombre que está en sintonía con la naturaleza, que de ella extrae su íntima sabiduría y su fuerza interior.

A diferencia de tantos, siempre he sentido un profundo respeto por esas personas que contemplan y callan. Dan la impresión de una íntima paz, de una sabiduría que se nos escapa a quienes vamos y venimos por el mundo apresuradamente en busca de quién sabe qué. Muchas veces me he preguntado por qué así como se nos enseña cómo hacer ejercicios físicos para mantener la elasticidad de nuestros músculos, nadie enseña a cultivar esa capacidad de contemplación que algunos poseen. Porque tengo la seguridad de que lo que ellos observan y captan es mucho más interesante que una intrascendente conversación social o un escapista show de la televisión.

Pero, al parecer, la vida contemplativa no se enseña. Se tiene o no vocación para ella. Y yo, debo confesarlo apesadumbradamente, soy un contemplativo frustrado.

PARTIQUINO